

## II LA ORACIÓN DOMINICANA

### Introducción

No deja de ser sintomático que del Padre de la Orden de Predicadores, de Santo Domingo, sepamos más sobre su oración, que sobre su predicación explícita; y es que podemos decirlo más alto, ero no más claro: Si Domingo fue un predicador significativo, fue precisamente porque fue un gran orante. Porque pudo hacer de su vida oración, trabajando y dejándose trabajar ininterrumpidamente en la oración.

Domingo es el prototipo del discípulo de Jesús que “habla de Dios” porque “habla con Dios”; y porque habla con su Dios, le conoce y puede hablar de Él a los hombres, ¡con conocimiento de causa”. Cuando alguien se ha enamorado, el monotema es la persona amada, y todo le recuerda a ella, y cualquier cosa que ocurra es un motivo o una excusa para pensar o hablar de ella.

La vida de Domingo, como la del Maestro - que pasó su vida predicando la Buena Nueva a la gente, y retirándose a la montaña a orar- discurrió entre la predicación a las gentes, y las escapadas nocturnas a orar. Y es que Domingo estaba cautivado y seducido por su Dios, manifestado en Jesucristo como el Dios de las misericordias.

Prueba de ello es que los testigos del proceso de canonización son unánimes al hablar de su oración, y el Maestro Jordán, insiste diciendo:”

*“Durante el día nadie más accesible y afable que él en su trato con los frailes y los acompañantes. Por la noche, nadie tan asiduo a las Vigilias y a la oración. ...*

*..Dedicaba el día a los prójimos; la noche, a Dios....*

*Era costumbre tan arraigada en él la de pernoctar en la iglesia, que parece haber tenido muy rara vez lecho fijo para descansar. Pasaba, pues, la noche en oración, perseverando en las vigilias todo el tiempo que podía resistir su frágil cuerpo....”*

Fray Esteban de España testificó que:

*“Era asiduo y devoto en la oración, más que todos los hombres que haya conocido.*

*Dijo que había observado que tenía la costumbre después de completas y de la oración común de los frailes, nos había entrar en el dormitorio pero él permanecía en la Iglesia en oración. Mientras oraba durante la noche, se conmovía, y prorrumpía en tales gemidos y llantos que los frailes que estaban cerca se despertaban, y algunos de ellos, rompían a llorar.*

*Con frecuencia pernoctaba en oración hasta la hora de maitines; sin embargo durante el oficio permanecía de pie exhortando a los frailes y pidiendo que cantaran en alta voz y con devoción.... “*

Y este testigo termina confesando que le seguía para ver si tenía sitio donde dormía.

Idéntica actitud tenía durante el día, en la que con pasión y fuerza, predicaba, hablaba de la cosecha nocturna. Y sus correrías diarias, a su vez, nutrían las veladas de oración y lágrimas.

La predicación de Domingo se nutría de sus noches de oración, y su oración se alimentaba de los rostros crucificados que encontraban en el camino cada día.

Por todo esto, vamos a hablar de su oración:

de la fuente de la que bebía de la sabiduría;

de su relación con Dios, y desde Él, con los hermanos.

Una oración en la que frecuentemente le vemos como una flecha, apuntando al cielo, como “queriendo tocar” a Dios, “arañando el cielo”; o rostro en tierra, besando el barro de la naturaleza humana, pidiendo a Dios, tenga misericordia de los pecadores, “de él el primero”

Os propongo en estos días contemplarle, contemplar a quien Él contemplaba, y animadas por su ejemplo, hacer con él el camino de seguimiento de Jesús, desde la oración.

Os propongo que nos situemos en el corazón de nuestro Padre, y desde él, busquemos el rostro de Dios.

La iconografía nos lo presenta, con unos rasgos que se repiten:

- Con la Palabra entre sus manos: Domingo oraba con la Palabra recogido en oración, dialogando con su Dios, bebiendo en la Sagrada Escritura, no en vano dicen que se sabía el Evangelio de Mateo y las cartas de San Pablo casi de memoria y que siempre los llevaba consigo;

- Siempre o casi siempre, -sobre todo en los modos de orar, o en los frescos de Fray Angélico- con una imagen de Jesucristo como trasfondo. Esto nos dice, además, que su oración era cristológica. Y si miramos los modos de orar el Codex Rosianus, comprobamos lo mismo.

Pero la oración de Domingo, no es una oración intimista: no es él centro de su diálogo con Dios; ni es un espacio de autocomplacencia y de “energía” personal –como dirían nuestros modernos contemporáneos-. No: el centro es Jesucristo y todos los rostros que durante el día se cruzaban por él, los que ocupan el corazón de su oración. Su oración es una oración llena de nombres y de rostros: una urgencia puesta en clave de confianza ante el único que puede tocar y cambiar los corazones.

La Orden de Predicadores, una Orden apostólica en la que el silencio, la oración, la meditación, el estudio, la contemplación, forjan la vida de los predicadores, al igual que forjaron la vida y el alma de Domingo.

Allí, al silencio se retiraba Domingo para “procesar” las historias, las preocupaciones y los sufrimientos; las inquietudes y anhelos; los interrogantes, que poblaban sus jornadas. Nos dicen sus contemporáneos que Domingo “sólo hablaba con Dios o de Dios”, y que lo hacía sin interrupción: en casa, en los caminos, con los hermanos, durante la jornada, en las noches. Oraba con intensidad, ¡hasta las lágrimas y los gemidos!

Pero esta oración le humanizaba porque la pasaba por el filtro del Dios encarnado: Jesucristo, y por medio de él se hacía cargo –y cargaba- con la realidad de las personas. Tanto es así que los testigos insisten: *“De día nadie más cercano a la humanidad; de noche nadie más cercano a Dios”*.

Se nos insiste por activa y por pasiva, en los testimonios del proceso de canonización, que Domingo pasaba las noches en oración, que ardía en amores suplicando misericordia, y en ellos vemos cómo los frailes solían expiarlo para ver cómo oraba. Esto quiere decir que su oración ocupaba un lugar significativo y que era la fragua de su propia vida y de la predicación.

El Padre Vicente de Couesnongle llega a decir que Domingo llama a Dios con el nombre de “Misericordia mía”, que es como se le oía orar y transformarse: “Dios mío, Misericordia mía, ¿qué será de los pecadores?”

Por eso, para “aprender” de su oración, o mejor, para dejarnos enseñar por él, os invito en estos días, a que nos asomemos a su oración. En Santa Sabina hay unos ventanucos que dan a la basílica, desde los que

los frailes lo observaban –y después dicen que las mujeres son las cotilleras-

Bien, os propongo que en estos días nos asomemos a estos ventanucos y sobre todo que le pidamos con fe, como los discípulos se lo pedían a Jesús, que nos enseñe a orar:

¿Cómo oras, Padre Domingo?  
¿Cuál es el secreto de tu intimidad con Dios?  
¿Qué fuego devora tus entrañas?

Nuestro itinerario será descubrir ese fuego que devora sus entrañas; intentar acercarnos a su corazón enamorado, y junto a él hacer la experiencia de la oración.

Nos vamos a situar primero en estas características de la oración dominicana, cargada de misericordia, compasión, nombres, celo apostólico, etc. y luego vamos a centrarnos en un modo de orar también muy arraigado en Domingo y que había heredado de la tradición monástica de la Iglesia: La Lectio Divina.

Un modo de orar que tal vez hemos olvidado y no hemos sentido como propio, pero que sin duda ha configurado nuestra forma de ser y ha de nutrir nuestra predicación, que no ha de ser otra que “hablar de Dios” que nos habla desde la Sagrada Escritura. De lo contrario corremos el riesgo de predicarnos a nosotras mismas, dejando en un segundo plano a Aquel que ha de ser anunciado y vivido.

Y dicho esto, antes de entrar propiamente en la consideración de la oración dominicana, como oración cristiana, decir algo que creo nos ayuda a entrar en la oración de Domingo.

El Padre Domingo Baso, que fue provincial de Argentina, decía que si un dominico “no estudia, se contempla la punta de los zapatos; y si un Dominico no ora, se contempla a sí mismo.”

Los Dominicos y Dominicas estamos llamados a “contemplar” para luego dar lo contemplado.

## **1. Hemos venido a contemplar y a predicar**

Llegó a mis manos una estampa de los Grupos de Oración y amistad de Monseñor José María Cases, entonces obispo de Segorbe-castelló, en la que en el reverso se leía con letra grande, en negrita y además con un recuadro -¡como para no pasar desapercibido!- una frase que decía: **“Quien contempla no se contempla”**.

Podríamos afinar un poco más y precisar, en clave dominicana diciendo que **“Quien le contempla, no se contempla”**. Y si a esto lo tenemos claro –en la mente y en el corazón- os aseguro que tenemos todos los puntos para disfrutar de nuestra vocación y para evitar muchas crisis, que tanto nos hacen sufrir, sobre todo cuando nos convertimos en el centro de nuestra contemplación. Domingo es un hombre contemplativo de Dios, y del misterio:

### **“Quien contempla, quien LE contempla, no se contempla”**

Hemos sido convocadas para vivir el “contemplata aliis trajere, para Contemplarle y anunciarlo<sup>1</sup>; y a algo más, para **“dejarnos contemplar por Él”**, para vivir con transparencia ante su mirada, en su presencia. No como quien está siendo observado para ser sorprendido y castigado cuando falla, sino para exponernos con las manos vacías, con nuestra pobreza y nuestros anhelos ante Aquel que nos ama siempre y a pesar de todo, puede saciarnos. Ante Aquel ante quien “la imagen”, “el aparentar”, “la fachada”, no tienen nada que hacer, porque tiene la virtud de mirar a los corazones. Además, Él nos amó primero sabiendo cómo somos mejor que nosotras mismas.

Dicho esto podemos dejar sentado un principio que será el eje sobre el que vamos a construir nuestras reflexiones a lo largo de estos días: Lo que fundamenta nuestra opción de vida y en torno a lo cual gira nuestra vocación dominicana es el haber sido convocadas para contemplarle, que en dominicano, es la condición absolutamente necesaria para predicarle.. Y si me apuran un poco más, para contemplar el mundo y las cosas bajo el prisma de esta contemplación.

Si bien la contemplación es un don gratuito, hay una serie de actitudes y medios que nos disponen para el encuentro con Dios; para que su paso por nuestras vidas sea fecundo, deje huella y nos transforme en aquello que hemos contemplado. En este sentido, los dominicos tenemos un Maestro, Domingo orante que con sus actitudes y su vida es como una flecha que nos indica el camino y que nos introducen en el seguimiento de Jesús,

¿Cómo es nuestra contemplación? ¿qué características tiene? ¿nos abre al mundo, o nos cierra a nuestro micro-mundo?

Nuestra oración de estos días, ojala nos ayude a ver dónde estamos, a qué se nos llama hoy, cuál es nuestro anhelo y nuestra sed más profunda.

---

<sup>1</sup> ¿qué ves en la noche? Dinos centinela, reza un Himno de Vísperas.

## 2. Oración dominicana - Oración Cristiana

Podemos preguntarnos: ¿Hay una oración dominicana?

Nuestra oración: ¿no es oración cristiana?

¿A quien oramos, por qué oramos? ¿cómo oramos y cómo podemos orar mejor?

Vale la pena resaltar que nuestra vocación, como consagradas, nos pone en la órbita del seguimiento de Jesús, “el gran orante”, aquel que se complacía en la voluntad del Padre, que pasaba haciendo el bien, compadeciéndose de las muchedumbres, y que sin embargo no anhelaba más que hacer la voluntad del Padre, que buscaba en la oración. ¡Cuántas veces nos dicen los Evangelios que Jesús se retiraba para orar!

Nosotras vamos a dirigir nuestra mirada a Domingo, como cristiano, como Padre que nos legó una herencia, pero fundamentalmente como discípulo fiel de Jesús. Él nos prometió sernos más útil desde el cielo, y por eso vamos a apelar a su palabra y “al poder” que da contemplar a Dios cara a cara, y no desear más que lo que Él desea.

Se ha dicho no sin razón que Domingo es la síntesis y expresión viva del monje y del apóstol: Ora y estudia; predica y ayuna; duerme en tierra y camina descalzo; permanece en silencio, y predica; anima a que los frailes participen vivamente en la liturgia, y se recoge en el silencio de la noche. Enamorado del Evangelio, seducido por la Verdad, optó por caminar en compañía de muchos hermanos y hermanas. Y lo hizo de tal manera, que a pesar del tiempo transcurrido, sus huellas se vuelven paradigmáticas y son capaces de iluminar las búsquedas de los hombres y mujeres de diferentes épocas. ¡También de la nuestra!

Después de 50 años de vida religiosa, ¡seguro que tenéis más sed que al comienzo!, aunque a veces tengáis ciertas añoranzas de “aquello que sentíamos” y que nos lanzaba y lanzó a dejarlo todo por el Reino. Es buena la nostalgia, y es en gran medida el motor que nos empuja hacia Aquel que nos sedujo y que no deja de convocarnos.

No es un tópico decir que el secreto de la fecundidad de Domingo estriba precisamente en su insobornable confianza en Dios; confiada acrisolada en la prueba: No olvidemos su itinerario:

Si me permitís, hay un relato o una parábola que refleja qué ocurre en el que construye desde dentro; en el que pone su confianza en Dios y no en

las cosas; en el que ha jugado todos los números a una sola carta ¡y no ha perdido!

*Dice la leyenda de Galeano que No había fiesta en el llano ni baile sin el arpa mágica del maestro Figueredo. Sus dedos acariciaban las cuerdas, se prendía la alegría y brotaba incontenible el ancho río de su música prodigiosa.*

*Continúa diciendo que se pasaba de pueblo en pueblo, anunciando y posibilitando la fiesta. El, sus mulas y su arpa, por los infinitos caminos del llano.*

*Una noche, tenía que cruzar un bosque espeso y allí lo esperaron los bandidos. Lo asaltaron, lo golpearon salvajemente hasta dejarlo por muerto y se llevaron las mulas y el arpa. A la mañana siguiente pasaron por allí unos arrieros y encontraron al maestro Figueredo cubierto de moretones y de sangre. Estaba vivo, pero en muy mal estado. Casi no podía hablar. Hizo un increíble esfuerzo y llegó a balbucir con unos labios entumecidos e hinchados: "me robaron las mulas". Volvió a hundirse en un silencio que dolía y, tras una larga pausa, logró empujar hacia sus labios destrozados una nueva queja: "me robaron el arpa". Al rato, y cuando parecía que ya no iba a decir nada más, empezó a reír. Era una risa profunda y fresca que inexplicablemente salía de ese rostro desollado. Y, en medio de la risa, el maestro Figueredo logró decir: ¡pero no me robaron la música!"*

No dejemos que nos roben la "música" la ilusión, la esperanza, los sueños, la utopía. La felicidad que nace de saber en manos de quien hemos puesto nuestra vida sabiendo que no quedaremos defraudadas.

Esa esperanza, esa confianza se cultivan en el trato diario, continuo, ininterrumpido que impregna nuestra vida y nuestra jornada: La oración. Os invito entrar, de la mano de Domingo, en esta dinámica, sobre todo cuando parece que la esperanza anda en horas bajas o agónica.

Nieva mucho y fuerte en los corazones que buscan calor llenándose de cosas: sólo desde la experiencia de Dios, del Dios de la misericordia podremos encender sus corazones, dándoles calor y abrigo, pero para ello hemos de arder.

## 2.1. La oración-predicación dominicana: “Hablar con Dios o de Dios”

Cuando ingresamos en la Orden, se nos hace sólo una pregunta: ¿qué pides? La misericordia de Dios y la vuestra, respondemos.

Por vocación, nos comprometemos fundamentalmente a recibir y a dispensar la misericordia. Esto implica acercarnos a la pobreza y a la miseria, poner en ellas nuestro corazón y auscultar en ellas los gemidos de Dios que reclaman liberación. Esto implica, además, reconocer nuestra propia miseria que necesita el calor del amor de Dios manifestado, también en los hermanos.

Se ha dicho que Domingo rara vez hablaba a no ser “con Dios o de Dios”, y este rasgo característico de su vida ha configurado en el seno de la Iglesia el carisma de la predicación, el carisma dominicano.

Hasta tal punto, que a los dominicos nos define este “hablar con Dios o de Dios” que queda traducido en lo que ha venido a ser el lema –junto al Veritas- o el distintivo de la Orden, “contemplata, et contemplata aliis tradere”.

En la oración dominicana, -“hablar con Dios” - el Dios humanado, la Palabra hecha carne de nuestra carne, habla al corazón del predicador, le abre los ojos del corazón y le permite mirar viendo las cosas como Dios las ve: “con sus mismos sentimientos”, que son sentimientos de misericordia y compasión: De Amor incondicional.

En este sentido nuestra contemplación es la que nos hace buscar la voluntad de Dios, contemplarla y dejar que informe nuestra mente y nuestro corazón, para poder no sólo ver las cosas como las ve Dios, sino, además, relacionarnos con ellas y sentir por ellas y por las personas, lo que siente Dios... ¿Y qué “siente Dios” –si es que “siente” algo? Lo hemos visto en Jesús: Misericordia y compasión: “Pasó haciendo el bien y compadeciéndose de las muchedumbres...”

Del ciego de nacimiento

De la hija de Jairo

De la viuda de naím.

De la adúltera que todos condenaban...

De las muchedumbres que le seguía y que tenían “hambre”...

Del “buen ladrón”...

Pero esto, no se improvisa, “habla de Dios” quien cultiva esta relación interpersonal y se deja modelar por la Palabra, esto es, se deja hacer por ella, se deja evangelizar...



Domingo forjó su vida orante, en aquellos años de abandono y soledad en el sur de Francia, mientras unos le abandonaban, otros no le entendían, y algunos no daban crédito a sus intuiciones. Fue precisamente allí, cuando surgió el primer fruto maduro de su relación interpersonal con Dios, aquel primer fruto que sería el fundamento de la “santa predicación”: El Convento de Santa María de Prulla, con un grupo de orantes, de mujeres, que supieron captar y secundar su intuición evangélica.

Juntos, viviendo en pobreza y austeridad de vida, consagrados a “*hablar con Dios*” gestaron, en lo hondo del surco, en la inapariencia, en el olvido de todos, la “*santa predicación*”, que años más tardes surgiría pujante y que no tardaría en echar a andar por los cuatro puntos cardinales, hasta “*evangelizar por todo el mundo en el nombre de Jesucristo*”, comenzando por la Europa asediada por la herejía, pero con la mirada puesta en “los cumanos”, los alejados, los que no conocían el Evangelio.

No puede *hablar de Dios*, quien no está traspasado de Él, quien no le trata con cotidiana fidelidad. Felicísimo Martínez ha definido la espiritualidad dominicana, como una espiritualidad “*de ojos abiertos*”, y yo añadiría, como una espiritualidad “*entrañable*”, que nace de un corazón modelado por el coloquio con Dios, gestado en la intimidad de la oración, y que nos lanza irremediabilmente a responder con la entrega de la propia vida a la pregunta del génesis, “¿dónde está tu hermano? ¿qué has hecho de él?”.

Relación orante que nos hace oración ante el único que puede salvar, y que como Domingo, nos hace insistir a tiempo y a destiempo implorando de Dios misericordia: “Dios mío, misericordia mía, ¿qué será de los pecadores?”

El cuarto testigo del proceso de canonización, el curioso Fray Bonviso de Piacenza, dice que cuando los frailes salían de completas para ir a dormir, Fray Domingo se ocultaba en el templo para orar. Confiesa sin ningún tipo de pudor ni respeto humano, que él, queriendo saber qué hacía en la iglesia, se escondió en varias ocasiones y que le oía orar con clamor lágrimas y gemidos. Este fraile tuvo oportunidad de acompañarle a Roma, y relata que en el camino, no desperdiciaba oportunidad para orar, cantar a la Virgen el Ave Maris Stella o invocar al Espíritu Santo.

Fray Rodolfo de Faenza, testigo del proceso, confiesa que además de expiarlo, se colocaba cerca de él para orar. Dirá que le veía orar erguido, de puntillas, con las manos alzadas en actitud orante en sus largas noches de vigilia. Y, como este testigo era procurador, nos dirá que a causa de sus muchas vigiliass, con frecuencia, “se dormía en la mesa”.

Sus contemporáneos, veían y sabían que él “solo *hablaba con Dios o de Dios*”, testimonio que destaca su talante contemplativo, su ser de hombre de Dios, y a la vez de maestro espiritual, pues pedía a los frailes que hicieran lo mismo, al mismo tiempo los alentaba y sostenía en sus momentos de oración. Recordemos cómo iba de un lado a otro del coro exhortándoles a cantar y a orar, o cómo los invitaba al silencio y a pensar en el salvador mientras iban de camino.

Sin duda, su oración, su contacto con Jesús, el Dios humanado, le humanizaba: “*de día nadie más cercano a los hombres; de noche nadie más cercano a Dios*”, ésta era, -dirá Felicísimo Martínez<sup>2</sup>- la dinámica interna de su experiencia contemplativa, una relación con Dios que no le permitía desentenderse de sus hermanos los hombres. Desde esta dinámica, podemos entender las lágrimas y los gemidos, su sed y su ansia en la oración: La contemplación de Dios desde el corazón doliente de la historia humana es el rasgo más específico de la experiencia de Dios de Domingo; y por eso su espiritualidad es una espiritualidad de encarnación: Dios no se desentiende de sus criaturas, y él tampoco.

Al contacto de la humanidad doliente, se aviva la fe de Domingo; y al contacto de Cristo paciente, se acrisola su compromiso con la humanidad: “su oración apostólica se torna oración o clamor de intercesión –Dios mío, misericordia mía, ¿qué será de los pecadores?–.

Esta humanidad, queda reflejada en sus actitudes entrañables y en su gran capacidad de comprensión para con la debilidad de los hermanos y en su confianza absoluta en Dios que puede operar cualquier transformación: No pedía a nadie más allá de sus fuerzas.

## **2.2. Hablar con Dios desde la confianza**

Domingo se caracteriza por una confianza absoluta en la Providencia. Desde el inicio, envió a sus jóvenes predicadores, incluso a los novicios, por todo el mundo y les dijo que el iba a rezar por ellos. Le criticaron por esta dispersión, pero no le convencieron: “*dejadme, sé muy bien lo que hago*”.

Un buen ejemplo de esta confianza se puede ver en la historia de Bonviso:

*“Era novicio y no tenía habilidad para predicar, porque no había estudiado la Escritura. Domingo le dijo que fuera a predicar a Piacenza, y le habló con tal encanto, diciéndole que Dios estaría*

---

<sup>2</sup> Felicísimo Martínez. Espiritualidad dominicana. Edibesa 1995

*con él y le pondría las palabras en la boca, que le convenció. De hecho. Dios dio tanta gracias a Buonviso en su predicación que se convirtieron mucha gente y tres entraron en la Orden como fruto de esta predicación.”<sup>3</sup>*

La confianza de Domingo en el Señor queda reflejada en cuanto Domingo introdujo la fórmula de la profesión. Los hermanos tenían que prometer obediencia ante todo a Dios. En ese entonces, otros grupos religiosos hacían la profesión a alguna Regla o estructura de la Iglesia, pero Domingo insistió en que sus discípulos juraran primero obediencia a Dios. Dios tenía que venir antes de todo lo demás; tenía que ser la primera persona con quien comprometerse. Dios tenía que estar en el primer lugar en la vida de los miembros de la Orden de Predicadores.

Otro ejemplo sorprendente de esta confianza fue cuando Domingo hizo hincapié en la importancia de la mendicidad en el Capítulo de mil doscientos veinte (1220). Si bien antes había hecho concesiones, Domingo afirmó que la Orden debía renunciar a todos los ingresos y las rentas fijas: todos tenían que vivir de la limosna. ¿Cuál mejor demostración de esta confianza en la Divina Providencia que mendigar para las propias necesidades cotidianas?

Domingo tenía una entrañable compasión con la debilidad de los hermanos. Seguramente muchos recordaremos a Juan de España, o de Navarra, cuando Domingo lo envió a París, con Fray Lorenzo, Juan le pidió algunas provisiones o algo de dinero para el viaje. Domingo se negó a dárselo, urgiéndoles a ir como discípulos de Cristo, sin llevar ni oro ni plata. “Confíen en el Señor” les dijo, “a los que temen a Dios no les falta nada”. Juan no podía aceptar esto; se negó en absoluto a obedecer. Ante esto, Domingo se tiró a sus pies llorando y suplicando por el miserable que no podía llorar por sí mismo. Les dijo de darles doce monedas para todo el viaje a París”.

Este gesto de Domingo nos recuerda lo que ocurrió durante el Sínodo para Europa. Juan Pablo II invitó a los participantes a sentarse en su mesa. Cuando Timothy se da cuenta que estaba sentado a la derecha del Papa, el Papa le pregunta: “Fray Timothy, ¿qué haces con un fraile desobediente?” Timothy, con prontitud respondió: “¡Lo quiero!” El Papa quedó maravillado por la respuesta y contó esta historia en el Sínodo, en diversas ocasiones.

No debemos maravillarnos que Domingo haya sido cariñoso con los demás, ya que era así con Dios. Domingo no sólo hablaba sobre Dios. Domingo se refería a Dios llamándolo “Mi Misericordia”. Cada noche se le oía orar así: “Mi Dios, mi Señor, mi Misericordia, que será de los

---

<sup>3</sup> Simon Tugwell, *Early Dominicans*, SPCK, London, p. 73— Primeros Dominicos.

pecadores?” También los nueve modos de orar de Santo Domingo reflejan esta confianza y esta ternura. Cuando Domingo usaba su cuerpo para rezar, al hacerlo podía deshacerse en lágrimas. Fue visto llorar por los pecadores, los desgraciados y los afligidos, ya que sentía el sufrimiento en su corazón compasivo.

### **2.3. LA COMPASIÓN – LA MISERICORDIA**

Un aspecto fundamental de la espiritualidad dominicana en el seguimiento de Jesús es, la compasión por todo el que sufre. Es la compasión que experimentaba Domingo y que gestó el nacimiento de la Orden que quería ser una respuesta de MISERICORDIA para el mundo. No basta la compasión, que las entrañas se estremezcan: la compasión cristiana y dominicana exige gestos y respuestas; actitudes de misericordia.

Los que vivieron con Domingo cuentan que estaba siempre alegre que su cara permanecía siempre feliz y radiante, excepto cuando se encontraba con cualquier clase de sufrimiento. Entonces, -nos dicen- su rostro se entristecía y sus lágrimas fluían sin cesar. Esta compasión que se hacía misericordia, es la que configura su oración, de modo que la oración de Domingo, podemos afirmar, es una oración desde la compasión: Oración que, por una parte, le lleva a experimentar el dolor con los que sufren y por otra su propia limitación e impotencia para dar respuesta al dolor, y por eso él se eleva como una flecha a Dios, se postra en tierra, le mira fijamente, le reserva las noches para implorar de Él misericordia; para suplicarle, que si al menos el mal existe y nos visita, los hombres experimentemos, en nuestra miseria la cercanía cordial del corazón de Dios que nos besa con el don de su Espíritu.

La Compasión y la misericordia, caracterizan tanto la vida de Domingo, que podemos afirmar junto a sus biógrafos que éstas dos virtudes –o dones- son la cualidad del amor de Domingo; cualidad que le animó a ponerse en camino y que anima, sostiene y distingue a su Orden.

Ambas virtudes bien pueden ser el indicador de la calidad de la vida dominicana. La verificación de la autenticidad de la espiritualidad dominicana, podrá constatarse en la respuesta que demos a la pregunta: ¿Se conmueven nuestras entrañas por la humanidad que sufre? ¿Somos misericordia de Dios para el mundo que se debate en la búsqueda del sentido y de la verdad?

Y esto es tan así, que lo único que se nos pide al entrar en la Orden es: ¿Qué pides? La misericordia de Dios y la vuestra, respondemos. Así la vida dominicana se desarrolla en esta doble dinámica, recibir

misericordia y ser dispensador de la misma; recibirla de Dios y de los hermanos.

Hoy, nuestro mundo también necesita oír, palpar, sentir de cerca la predicación del Evangelio de la misericordia, nos necesita cercanos, transparentando la cercanía de Dios que consuela, camina con su pueblo y engendra esperanza.

El Padre de Couesnongle hablando a las hermanas dominicas les decía que en la Orden, especialmente las mujeres estamos capacitadas para encarnar la compasión y la misericordia, que son los rasgos eminentemente femeninos del carisma.

La dimensión sponsal de nuestra vocación nos hace asumir como propia la vida de los que sufren... y ese sufrimiento es el que conmueve nuestras entrañas generando una relación gratuita de intercesión ante el Dios de la vida, por estas vidas que nos estremecen, que nos conmueven.

El mismo Padre Vicente les preguntaba: "*¿Es la misericordia realmente una fuerza vital entre vosotras?... ¿una fuerza enraizada profundamente en vuestras vidas?; ¿es una inquietud profundamente sentida?, ¿es algo que nace de la tristeza humana y nos atrapa, sacándonos de nuestras costumbres normales, nuestro modo común de vida, obligándonos a cambiar nuestra conducta y provocando insomnio en la noche?*." El mundo moderno está clamando por este mensaje... y nosotras debemos dar respuesta –les decía-.

La Misericordia que nace de la compasión, es la ternura materna de Dios que se vale de nuestras vidas para acariciar, consolar, para dar vida... y la damos, sin duda, siendo memoria sagrada de Dios en una sociedad que se empeña en negarle mientras le busca desesperadamente por caminos equivocados.

“¿Cómo se manifestará la compasión y la misericordia?

De múltiples formas. Para comenzar, en un mundo donde hay tanta injusticia y opresión, se nos pedirá que nos pongamos al lado de aquellos que sufren y que asumamos su causa como algo propio. La compasión que nos capacita para acercarnos al dolor humanos, nos perturba, pero no nos desespera, al contrario, nos lleva, como a Domingo, a implorar a aquel que puede sanar, dar vida, reconciliar...”<sup>4</sup> Y en este sentido, la oración no es una añadidura, sino un elemento esencial, sin el que no hay consuelo, preeducación, ni seguimiento de Jesús.

---

<sup>4</sup> Cfr Mary O'Driscoll O.P.-

Las estructuras, las cosas, los agobios, nos endurecen el corazón, y debilitan nuestra compasión. La comunidad, la potencia y desarrolla, allí aprendemos a pertenecer, comprender... allí recibimos y damos la misericordia que pedíamos en nuestro ingreso en la Orden.

## **2.4. ¿Qué y por qué predicamos?**

Predicamos porque la predicación es liberadora y porque ésta es posible desde la vida y la vida en Dios. Predicamos que la verdad nos hace libres viviendo sólo de Dios: de la verdad.

Predicamos porque la predicación es el primer fruto de nuestra oración. Una oración que dilata nuestro corazón y lo hace anunciar a los cuatro vientos que creemos que es verdad: que Jesús nos ha salvado y que es nuestra liberación.

La predicación está necesariamente unida a la escucha de la Palabra de Dios revelada en la Sagrada Escritura; palabra revelada a lo largo de toda la historia de la salvación, y, lógicamente también, en la vida de los hombres y mujeres contemporáneos nuestros, porque la historia de la salvación es una y va desde los orígenes hasta que todos seamos uno en Dios: Hasta la consumación definitiva de la obra de Cristo. O sea, escucha a la Palabra de Dios inspirada y escrita, y a los signos de los tiempos a los cuales inspira e ilumina.

La predicación es también un hecho comunitario, porque la comunidad que ora la Palabra, vive de ella y en ella, y devuelve a la comunidad humana la palabra "contemplada" hecha predicación, vida, martirya, testimonio: Los dominicos escuchamos la palabra en el corazón, en el seno de la Comunidad, dejamos que ella nos abra los ojos para ver la verdad del mundo, y a él le anunciamos la liberación que surge de la palabra orada, compartida y vivenciada.

¿Qué predicamos? Lo que contemplamos, y si no contemplamos, nos predicamos a nosotros mismos, porque la predicación es la contemplación en voz alta.

La predicación evangélica es la voz que nace de dentro y que involucra toda nuestra existencia. Si estamos llenos de Dios, desbordamos a Dios, si por el contrario, estamos llenos de nosotros mismos, nos predicamos a nosotros mismos.

Predicar desde la comunidad, desde la fraternidad, que denuncia el individualismo reinante en nuestra sociedad; porque el testimonio comunitario es mucho más profundo y comprometido que el testimonio

personal, porque éste es revelador y portador de una anhelo compartido, y de una apertura a la gracia desde la comunión.

Podemos afirmar que en la comunidad dominicana, convocados “para tener una sola alma en Dios”, los hermanos, no somos una suma de individualidades reunidas para “realizarnos”: No.

Somos un grupo de hombres y mujeres convocados personalmente por el Dios de Jesucristo para hacer nuestra la causa del Reino: *“He oído los clamores de mi pueblo y no he podido soportarlos, por eso vete y diles...”*

De allí que es importante plantearse la vida de la comunidad en función de la escucha de la voz de Dios que nos convoca desde la zarza ardiente de su Palabra y desde los gemidos de su pueblo. Esos gemidos son los que quemaban las entrañas de Domingo, los que le hacían sembrar generosamente la Palabra que él quería llevar “a los cumanos”.

La predicación dominicana se nutre de la “mendicancia”, esto es de la apertura humilde a la Palabra; de la itinerancia, esto es, de la disponibilidad radical al plan de Dios que no sólo nos pone en camino para servir, sino que pone en movimiento nuestra mente y nuestro corazón.

La predicación dominicana, va más allá de la exposición de verdades y normas, es esencialmente compartir la experiencia de Dios desde la sencillez de vida y su paso por nuestra historia; es decir con la sonrisa, la acogida, la disponibilidad y las puertas abiertas, que Dios nos ama, que nos acoge como somos y que no hay nada más grande que vivir en el amor.

Hay un relato muy simpático en nuestra tradición, que nos muestra cómo en la tarea de la predicación, todos se sentía corresponsables, y cómo celebraban los frutos de esta predicación. Se refiere al Monasterio de Santa Inés de Bolonia:

*“...Cierta día, sin embargo, llegó más tarde de lo acostumbrado, de modo que las hermanas, creyendo que no iría, habían dejado ya la oración y se habían ido al dormitorio. Mas he aquí que de improviso tocaron los frailes la campanilla, que era la señal para convocar a las hermanas cuando venía a visitarlas el Santo Padre. Oída la cual, se apresuraron a ir a la iglesia todas las hermanas, y abierta la ventana de la reja, le encontraron sentado ya allí con los frailes, esperándolas. Santo Domingo les dijo: Hijas mías, vengo de pescar, y el Señor me ha proporcionado un gran pez. Se refería a fray Gaudio, que era hijo único de un eminente señor llamado Alejandro, ciudadano de Roma; el venerable Padre le había recibido en la Orden. Después les dio una gran conferencia, proporcionándoles mucho consuelo.*

*Al terminar su alocución les dijo: Será bueno, hijas mías, que bebamos un poco. Y llamó a Fray Roger, bodeguero, y le dijo que trajera vino y una copa. Habiendo traído el fraile lo que le había dicho Santo Domingo, le mandó que llenara la copa hasta el borde. Después la bendijo y bebió él en primer lugar; tras él bebieron todos los frailes que se hallaban presentes. Eran, pues, los frailes que se habían congregado allí, entre clérigos y cooperadores, veinticinco; todos bebieron cuanto quisieron, pero la copa no disminuyó, permaneciendo llena. Después de que bebieran todos los frailes, dijo Santo Domingo: Quiero que beban todas mis hijas. Llamó entonces a Sor Nubia y le dijo: Acércate al torno y toma la copa, y da de beber a todas las hermanas. Fue ella con una compañera y tomó la copa, llena hasta los bordes. Y estando tan llena, no se derramó ni una sola gota. Bebieron, pues, todas las hermanas cuanto quisieron, comenzando por la priora, y tras ella todas las demás; el Santo Padre les decía de vez en cuando: Bebed bastante, hijas mías. Eran entonces las hermanas ciento cuatro<sup>5</sup>; todas bebieron de aquella copa el vino que quisieron, pero sin que disminuyera en absoluto; aún más, permaneció tan llena, como si se hubiera añadido constantemente el vino. Después hizo devolver la copa afuera, saliendo como había entrado. Hasta el día de hoy se ignora cómo pudo ocurrir esto<sup>6</sup>*

La espiritualidad dominicana nos lleva a vivir el Evangelio en familia, a ser juntos predicadores, cooperadores con la tarea creadora de Dios, y esto exige fidelidad a la oración cotidiana, al amor creativo, a la espera silenciosa, al tiempo de Dios y a sus insinuaciones de amor, fraternidad distendida y cordial.

Mientras asistimos al milagro de la gestación de la Palabra que quiere “alumbrar” comprendemos que predicar, no es solo ni principalmente hablar, es también callar, acompañar, permanecer gratuitamente, como gratuita es la vida que se da.

Predicar es vivir la fraternidad evangélica con una saludable cuota de alegría, la alegría profunda y serena que brota de quien vive solo de Dios, y todo para los hombres. Y esto nace de un corazón que busca la intimidad con Dios y que vive de la oración.

---

<sup>5</sup> El número de hermanas que da aquí Sor Cecilia, si no se trata de un error material de escritura, es exagerado. El 4 de noviembre de 1254 había 22 monjas en San Sixto. Cfr. **KOUDELKA**, *Le «Monasterium Tempuli»*..P.59.

<sup>6</sup> Beata Ceceilia Romana. N° 6. Fuentes pp 670-671



## Reflexión personal

¿Somos mujeres de oración?

Dedicamos tiempo a la oración: ¿Somos creativas para hablar con el Señor?  
¿Nos las ingeniamos para tener tiempo para estar con Él? O las “urgencias”  
posponen el “encuentro”

¿Cómo es nuestra oración? ¿Pedimos cosas, o pedimos lo único necesario, la  
identificación con Jesús y ver su rostro? Lo que pide cualquier mujer que está  
enamorada y que no desea más que estar con su esposo y complacerle.

Nuestro deseo más profundo: ¿es vivir sólo de Dios y todas para Dios y para el  
Reino?

Es importante que al pensar en nuestra relación con Dios, pensemos en cómo  
vamos a su encuentro, si son improvisados, o si dejamos que su Palabra  
resuene y retumbe en nuestra mente y en nuestro corazón, para que éste  
pueda latir a su ritmo.

No basta leer la Palabra de Dios. No basta tener silencio para ir a la oración, es  
necesario dejar que la Palabra nos traspase y dejar que ella inspire, informe y  
transforme nuestros sentimientos; dejar que evangelice nuestra mente.

La oración contemplativa es la relación viva con Dios. Y hemos de trabajar para  
que lo sea, porque no viviremos de fórmulas prestadas, ni de la experiencia de  
los otros: tenemos que lanzarnos a la piscina, sumergirnos, abandonarnos  
realmente en manos de Dios.

No podemos orar ni entrar en la dinámica de la unión con Dios sin una doble  
fidelidad: la suya y la nuestra.

Nicolás de Flüe decía que “se va a la oración unas veces como a un baile,  
otras como a una batalla”. No siempre es fácil nuestra fidelidad, puede que  
durante muchos años sea difícil, ¡muy difícil!, porque no sólo el Señor se hace  
esperar, sino también porque nosotras le dejamos solas, y nos vamos de  
turismo cuando Él es fiel y ya “no sabe” cómo atraernos sin que nos  
escurramos en las mil y una excusas que tenemos siempre a punto.

El misterio nos desborda, pero ejerce sobre nosotras una atracción  
incomprensible, cuando nos dejamos convocar con renovada ilusión por el  
Señor, que a pesar de la oscuridad de la fe, nos hace experimentar que es Él  
quien está detrás de “esa tela” que impide, por ahora, el dulce encuentro.  
Mientras tanto, con humildad y perseverancia, tenemos cada día la oportunidad  
de dejarnos encontrar y de pedirle con insistencia y confianza: **“Muéstranos al  
Padre -tu rostro- y eso nos basta”.**<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Jn 14,7